

Ni Piglia ni Gomaraz, Gavilanes

José Luis Ibáñez Salas



No he encontrado ningún manuscrito de Unamuno ni la letra perdida de ninguna canción de Cecilia. Pero sí que hubo una vez que edité y publiqué un libro de Emilio Gavilanes. No podía creérmelo cuando me dijo que sí, que tenía algo para mí.

Hablo de hallar tesoros, como aquella ocasión en que en mi barrio, en el parquecito de debajo de las ventanas de mi casa, di con un montón de monedas que se le debían de haber caído a alguien poco antes de que el reflejo de dos de ellas me alertara de que ahí había algo valioso. Un tesoro muy prosaico, lo reconozco, menos poético que aquel que hallé en la casa donde íbamos a venirnos a vivir mis padres y yo y que es la misma desde cuyas ventanas se veía el parque donde di con las monedas, que fueron apareciendo poco a poco hasta constituir una cantidad de dinero que a mí debió parecerme oro puro. Aunque no creo que aquel tesoro diera ni para comprarme un tebeo, unas canicas, un polo e ir una vez al cine. Menos

poético, ya digo, que lo que había en la casa donde aún viven mis padres cuando todavía no se habían decidido a comprarla, o ya sí y únicamente la estaban viendo para hacerse ya cargo de ella. Libros, en aquella casa que es donde he vivido la mayor parte de mi vida, había libros.

Creo que de aquel entonces, desde aquel hallazgo de una caja repleta de libros que no volví a ver después de aquella primera visita de mis padres a la que es su casa desde hace décadas, viene mi elaborada pasión por los libros. Mejor dicho, por la lectura, por la visualización de los libros, por su escritura. Y un poco por su edición. (Pasión por los libros sin caer en el fetichismo, que conste).

Pongamos que me gusta leer desde que vi aquellos libros en aquella caja. Imaginémos que uno de ellos era...

Ahora tendría que viajar en el tiempo, obligar a mi memoria, o bien decidirme por inventarme algo en plan literatura de ficción. Pero no lo voy a hacer, te dejo a ti que me lees ahora mismo que decidas cómo era un libro que ojeé cuando era un niño y que seguramente tendría el mismo valor que el de la mayoría de los libros.

Pero lo que me gustaría hacer, de hecho para eso escribo esto que escribo y estás leyendo, es hablar de Gavilanes. O mejor, escribir como si me creyera un escritor a la altura artística de Emilio Gavilanes.

Sé piadoso con mi esfuerzo: voy.

No he encontrado ningún manuscrito de Unamuno ni la letra perdida de ninguna canción de Cecilia. Pero sí que hubo una vez que edité y publiqué un libro de Araceli Gomaraz. No podía creérmelo cuando me dijo que sí, que tenía algo para mí. Gomaraz había escrito ya sus dos primeros poemarios, la novela *Aturdida en la sala de esperanza* y su libro de relatos *Estoy pensando en dejarme*. Era una escritora de un prestigio tan grande como escasa su popularidad. Lo normal en aquellos años en los que Landero podía acudir a la Feria del Libro de Madrid y no congregar apenas nadie en la caseta de su editorial una tarde de domingo primaveral. Gomaraz es ahora... Bueno, todos conocéis a Araceli. No necesito esforzarme en calificar su obra o en alumbrar el mérito de su literatura perfecta.

Conocí a Araceli por casualidad, como conocemos a todo el mundo excepto a nuestra familia, a la cual conocemos por el imperativo categórico

de la biología exacta. En persona, me quiero referir (me encanta esa expresión creo que sevillana: *mequieroreferir*), porque de Araceli Gomaraz sabía en aquel año 2009 cualquiera que tuviera una mínima inquietud por la lectura de la buena literatura escrita en el idioma español al que a menudo llamamos castellano. Y es que el castellano de ella era un castellano delibesiano, un castellano admirable, apaciguador, de agua. Es un castellano admirable, apaciguador, de agua.

La casualidad había madrugado aquella mañana de primavera madrileña, aquella extraña mañana de uno de los escasos días en que la primavera le recuerda a la ciudad de Madrid que entre el frío de los inviernos y el calor estival puede existir ese paraíso meteorológico al que ningún poeta se resistió jamás a escribirle algunos versos.

Como estos míos que no vienen a cuento, o sí:

A la primavera de Madrid
siempre le da vergüenza mostrarse
en su esplendor de primavera.

[...]

Ayer me contó que hubo un conato de primavera
en su parque del Oeste,
un prelude con el que ahora mismo sueño
en este despertar al pie de las sierras.

[...]

¿Para qué viene la primavera año tras año?

¿para qué?

se lo voy a preguntar cuando ya esté entre nosotros
aunque sé que no puedo esperar de ella
sino ese trastornarle al invierno su existencia
para finalmente asesinarle, lentamente,
en medio de una danza juvenil
que no sabe que esta vez
también acabará muriéndose

Pero para primavera que recuerde aquella casualidad que me permitió conocer en persona a Araceli Gomaraz, estas palabras escritas por el gran escritor Manuel Asturias: «Cuando Madrid se quiere a sí misma, que es muy a menudo, sobre todo las tardes de primavera, con el aire limpio de la Sierra barriendo todos los pesares y el cielo azul perdonándonos todos los pecados, cuando Madrid se quiere a sí misma, nos quiere a todos, y no hay mejor ciudad en el universo para vivir».

La estación de tren estaba iluminada con esa luz suya de estación europea, de lugar donde no querer quedarse a vivir, de sitio en el que tener prisa por acabar de leer lo que uno está leyendo en ese momento por si esa luz de estación europea acaba aquietándose antes de fenecer junto a los raíles. Yo leía una novela en mi lector digital, ponía mucha atención en que lo que leía acabara por ser parte de mí, no fuera a ser que finalmente leyera para que nada de lo que había escrito Piglia permaneciera en mi interior. Y de pronto, olí algo distinto a aquello que Piglia quería que oliese. Era un perfume. Un perfume que encendió todo a mi alrededor y convirtió la luminosidad escueta de aquella estación europea de mi ciudad europea en una luminosa luminosidad apacible. Y me giré. No había nadie cerca. Yo no vi que lo hubiera.

Araceli Gomaraz salió de donde las sombras la habían tenido escondida de mí y se acercó al borde del andén ante la presencia del tren que los dos esperábamos. Ella subió al tren. Yo subí al tren. Yo no la reconocí hasta que me senté frente a ella. Ella no sabía quién era yo, por supuesto. Yo había leído todo lo que ella había publicado. Se podía decir que la admiraba, y ahora la tenía delante de mí. Araceli leía un libro que no fui capaz de identificar. Se había puesto unas gafas. Me miró un par de veces, quizás molesta por mi atención en absoluto disimulada.

Soy editor. Mi torpeza eligió esas dos palabras como las primeras dos palabras que iba a utilizar para presentarme ante Gomaraz. *Soy editor.* Y yo *escritora*, contestó ella, apartándose las gafas de sus ojos y mirándome entre retadora y consecuente. El tren se detuvo con la última de sus sílabas, como obedeciéndola, como si ella le hubiera dicho al maquinista *Detén el tiempo.* Y el tiempo se me congeló completamente. Su perfume era el vagón y yo quise hablarla pero no pude. O sí. Sí pude... Cuando el tren rehízo su marcha, ella seguía mirándome y pude ver el libro que leía: *Breve enciclopedia de la infancia.* No conseguí reconocer bien el nombre del autor, pero más tarde supe que era de un tal Gavilanes. Emilio Gavilanes. Años después pude leerlo, como todo lo de Gavilanes. Pienso a menudo

que todo escritor habría de escribir con la categoría artística, literaria, moral, estética, de Emilio.

Yo también escribo. La cosa no iba bien. Araceli Gomaraz parecía contrariada. Cerraba mucho un ojo, el izquierdo, y yo me había encasquillado. Mi mente se había encasquillado, porque mi voz seguía hablando. *No tan bien como tú.* Ella parecía molesta. Lo estaba. Hasta su aroma cesó.

Yo ya me había pasado de parada. Mi estación se había quedado atrás hacía ya unos minutos y se acercaba la siguiente. La escritora se levantó y me despidió con un gesto dudosamente simpático, aunque educado. No recuerdo cuál, pero sí recuerdo la sensación que causó en mí: derrota sin dolor, esa sensación que tanto le gusta al victimismo que tanto creemos que nos dignifica. Fui tras ella. Gomaraz miró hacia mí, para eso hubo de girarse y percibí que se había hecho daño en ese movimiento retorcido. La cosa empeoraba. El tren se detuvo. Bajamos.

Tengo una editorial. Sí, *tengo* es la palabra que empleé: *tengo*. Una editorial propia. Me faltó decir eso, que tenía una editorial *propia*. Mientras yo me disponía a cesar en el intento de hablar a Araceli Gomaraz, a quien estaba a punto de llamar *Beatriz*, la autora de *Estoy pensando en dejarme* se paró, esperó un segundo a que yo quedara a su altura y me dijo sin mirarme: *¿Qué es lo que quieres de mí?*

¿Te han dicho eso alguna vez? ¿Alguien te ha preguntado al menos una vez en tu vida qué es lo que quieres de él, de ella? Ha sido la única ocasión en que escuché esa inquisitoria cuestión apuñalante. Aunque ella, Gomaraz, me había hablado como si lo que tuviera no fuera odio, sino prisa. Tenía prisa. Ella. Y yo, yo la llamé *Beatriz*.

Beatriz, quieres escribir para mí. La llamé *Beatriz*, le pedí que escribiera *para mí*. Ahí es nada. Y se lo pedí sin interrogarla. Así, enunciando mi deseo. Araceli Gomaraz no me contestó pero tampoco siguió caminando. Permaneció detenida ante mí, me sonrió y esperó a que tratara yo solo de salir del atolladero donde ella disfrutaba ya sin impaciencia de lo que tal vez imaginara como un nuevo libro suyo en ciernes que ya estaba empezando a escribir.

Y lo escribió. Lo titulamos *Beatriz, quieres escribir para mí*. Es el único éxito editorial que he tenido en mi vida. El primero de Gomaraz que la llevó al *estrellato* de los escritores que salen en la tele, son retuiteados y de vez en cuando se ven envueltos en alguna polémica que siempre acaba

zanjada con algo así como
sípero es una de las grandes escritoras vivas del mundo.

No hay nada de Gavilanes en este ¿relato? Te pido disculpas, Emilio. Al menos, en la realidad, yo sí conseguí publicarte en *mi* editorial, sí logré que escribieras *para mí*. Y siempre te llamé Emilio.

Ni Piglia ni Gomaraz, Gavilanes

Relato de ©José Luis Ibáñez Salas

Fotografía de portada: ©Jessica Ruscello

Edición: ©MoonMagazine

Prohibida su reproducción en otros medios sin la autorización previa y expresa de los autores.